

en el Infierno. Dexa una vez de pecar, solo porque la Madre, y el Hijo te lo piden, y verás despues qué efectos sientes en tu corazon, y atiende á lo que dicen estos cinco renglones, que puede ser dependa de ellos tu dicha, ó tu desgracia eterna: *Si estuviese tu salvacion pendiente de hacer, ó no hacer lo que este Libro, aunque ruda, y toscamente escrito, te amonesta; y si tu predestinacion dependiese de que te abstengas esta noche de lo que tu sabes; quanto sentirias que por no dexar una leve mortificacion, te hubieses condenado para mientras Dios fuese Dios á los infiernos?* Ponderalo por tu bien, que á buen seguro te baste para exhortacion.

EXERCICIO. Sea lo que tan á los ojos se viene, y sino lo advirtieres, rézale por lo menos quince Ave Marias en reverencia de los quince Misterios, pidiéndole te de luz para observar sus avisos, pues no puedes negar te está amonestando suave, é interiormente inspirando. Oyeselo decir con mas elegancia al Eminentísimo Cardenal Juan Hailgrino: *Maria est Monitorium castitate, ideo enim comparatur Monilibus, qua dicuntur Monilia quasi castitatem moneant, quia ad continentiam munditiam ipsa per exemplum nos commovet, & invitat.* Es Maria Señora nuestra un aviso, y admonicion continua: por eso se compara á un adorno de la Virginidad, que la Escritura llama *Monile*, porque amonesta á la pureza, y con los exemplos santos convida á guardarla. Démosle, pues, las gracias de lo que en estos exemplos nos avisa, y digámosle la oracion de S. Ildefonso.

ORACION.

TU, ó Madre piadosa, eres la que desatas los nudos de nuestra miseria, y la que á los contritos sanas de sus culpas, dándoles fuerzas para resistir las tentaciones. Dame tambien virtud grande para que las venza siempre, y que jamas sea vencido con sus engaños, para que á tí siempre, y al Señor venere. Amen.

DIA TRES DE SEPTIEMBRE.

EN el Libro intitulado *Jardin del Carmelo* se refiere, que en Malta, el año mil seiscientos y cincuenta y siete, dos horas despues de medio dia, cayó en una cisterna que tenia siete palmos de agua, una niña de cinco años: hasta tanto que se supo, y se hubo dado orden para que se buscasse una sogá, y alguno que

baxase para sacarla, pasó mas de media hora. Baxado que hubo el primero, imaginando si la hallaría en algún ricon, la halló que se había hundido, y así todos la tuvieron por muerta, por parecerles imposible (como segun la orden natural lo era) que baxo del agua pudiese estar viva. Sucedió este caso en una casa vecina del Palacio del Ilustrísimo Señor Obispo; y estando presentes los de Palacio, viendo la afliccion de la madre, acaso un esclavo del señor Obispo, movido de caridad, baxó á la cisterna, y llegando á lo hondo, halló la niña, la qual estaba con la mano en la mejilla, como si estuviese durmiendo. Asió de ella el esclavo, y la sacó fuera de la cisterna, lleváronla á la madre, que ya por muerta la lloraba media hora antes. Vióla viva por milagro de la gran Madre de Dios del Carmen, sin que hubiese bebido una sola gota de agua, ni tampoco el Santo Escapulario que llevaba al cuello fuese mojado: milagro verdaderamente grande, que la naturaleza á tal caso no hubiera podido resistir. Luego le mudaron ropa, y en habiéndosela mudado, se puso á jugar, por la costumbre que tenia, como niña, y todos dieron las gracias á nuestra Señora del Carmen.

E X E M P L O.

Cuéntase en los Anales antiguos del Reyno de Sicilia, que por muerte de su legítimo Señor, quedó por heredera de aquel gran Señorío una doncella hija suya, llamada Dionysia, en quien concurrían todas las dotes de que naturaleza puede adornar á una muger. La singular belleza de su rostro, la discrecion de su entendimiento, la afabilidad de su condicion, y nobleza de su trato, la hacian amable, no solo á los suyos, sino tambien á los extraños. Así que entró en los catorce años empezó á bolar mas por el mundo, y principalmente por los Reynos, y Señoríos circunvecinos, la fama de su discrecion, y hermosura, con tan grande aplauso, que quatro Potentados de Italia la pretendieron por muger. Embiáronle sus Embaxadores: hacian exquisitas diligencias por salir con la pretension. Amonestaron sus Consejeros á Dionysia, que tomase estado: esto le rogaban sus deudos, y esto le pedia toda Sicilia, puesto que tenia quatro tan honrosas ocasiones para tomarlo. Vino en ello Dionysia, y como era de agudo, y levantado ingenio, comenzó entre sí á discurrir, y pensar por las ca-

lidades de aquellos quatro Potentados, que pretendian sus desposorios.

Consideró la nobleza del primero, que era de sangre Real, y con filosofia christiana coligió la vanidad de las noblezas, y caballerías: examinó las riquezas del segundo, que tanto llevan los ojos en los casamientos, y echó de ver que la plata era tesoro de duendes. Llegando á la hermosura, gentileza, y bizarría del tercero, le dió tambien en rostro, entendiendo que la hermosura humana no es mas que arco sobre nubes, que luego desaparece: flor, que presto se marchita; y finalmente un arbol, que en breve espacio se obscurece. El quarto, aunque no tan rico, noble, ni hermoso como los tres primeros, le contentó mas, por virtuoso, y de honestas costumbres; y así, contra el parecer de sus parientes, y Consejeros, se casó con Alberto, que así se llamaba.

Era este muy Christiano, y sobre todo devoto de la Santísima Virgen, á quien por el amor que le tenia habia hecho voto de rezar el Rosario, con dos circunstancias: la primera, que habia de ser de rodillas delante del Altar suyo: la segunda, que habia de ser á media noche. Sucedió, pues, que la noche de su desposorio, estando á solas con su nueva esposa Dionysia, al entrar en el nupcial tálamo, oyó dar las doce, y juntamente se acordó del voto que habia hecho á la Santísima Virgen de rezar á aquella hora el Rosario. Vióse Alberto muy confuso, comenzó á luchar en su alma el amor de su nueva esposa con el amor, y devocion de la Santísima Virgen Maria: al fin, en aquella lid interior venció la devocion de la Virgen Maria, y con ánimo determinado, y corteses razones, pidió licencia á la desposada para ausentarse de su vista una hora sola á un negocio que se le habia acordado entonces de suma importancia, sin pedir dilacion. Concediósele Dionysia, y él con una capa de barrio disfrazado, salió de casa, y se fue á una Ermita pequeña de la Virgen, que estaba bien lexos de allí, y á su puerta de rodillas rezó con gran devocion su Rosario.

Volvió muy gozoso á su esposa, y preguntando ella á lo que habia salido, nunca se lo quiso decir, divirtiéndola con buenas palabras. Lo que hizo la primera noche, hizo la segunda, y tercera, y las demas siguientes, porque sentia en aquella Ermita singular devocion, engañando como podia á la afligida Dionysia, que

que como muger amante entró en rabiosos zelos, entendiendo que su esposo la dexaba por algunos nuevos amores que tendria en la Ciudad: andaba solícita, y cuidadosa en averiguarlos: nada alcanzaba, ni descubria: enfurecieronla los zelos; y viendo que las salidas á deshoras de su esposo se continuaban sin interrupcion, fuera de sí, sin descubrir á nadie su cuidado, se dexaba consumir de tristeza, llorando amargamente el desacierto de su matrimonio: de nadie se quejaba sino de sí misma, pues todos le aconsejaron lo contrario, y así convirtió contra sí misma los aceros de su ira, y trató de matarse. No dilató el hecho Dionysia, sino que la siguiente noche, entrando en el tálamo con su esposo, deshaciéndose en amargas lágrimas, le habló de esta manera: Qué locura fue la mia, traydor Alberto, en escogerte por esposo! Qué yerro tan inexplicable el admitirte por virtuoso, siendo tan desenfrenado en torpezas! Por quién me dexas, desagradecido? Por quién me menosprecias, infame? Si hermosura te vence, si riquezas te cautivan, si discrecion, y gracia te atrahe, y si nobleza, y estado te enamoran, por quién me dexas, traydor, habiéndome dotado naturaleza de todas esas prendas?

sup. Mi desgracia lloro, mi desdicha lamento, mis malogrados empleos me atormentan: yo sola me engañé, yo sola te escogí contra el parecer de los míos, yo sola quise mi daño; y pues yo sola tuve la culpa, yo sola llevaré la pena; y diciendo, y haciendo, sacó de debaxo de la almohada con presteza un puñal que tenia preparado, y se dió de puñaladas, sin poderla valer el triste Alberto, el qual se levantó llorando, y traxo una luz; pero ya la halló rebolcándose en su sangre, respirando por las heridas, y agonizando con la muerte. Abrazóse con ella, y llamándola con elevada voz por su nombre, á los ecos volvió sin luz los ojos, y cerróselos la muerte. Qué lengua podrá explicar el singular dolor que como una espada de dos filos atravesó el corazon de Alberto viendo á su querida prenda muerta! Quedó fuera de sí; y anegado, y absorto en tan desmedido sentimiento, no sabia que hacerse, ni qué medio tomar en una cosa tan sin remedio. Estando, pues, luchando con el dolor, y el sentimiento, dieron las doce de la noche: acordóse de su devocion: bien le escusaba de su cumplimiento la ocasion presente; pero, ó pecho christiano! ó verdadero amante, y devoto de Maria Santísima, siempre fiel á su adorada Reyna

en

en lo próspero de sus bodas , y siempre leal en lo adverso , y fu-
nesto de ellas!

Cubrió el cuerpo con la sábana , disimuló como pudo , y echan-
do la llave al retrete donde dexaba muerta á su esposa , se re-
tiró solo á un Oratorio , que habia hecho á la Santísima Virgen:
encerrosé en él , y postrándose en el suelo , comenzó á rezar el
Rosario , y á dar larga rienda á sus lágrimas , y sollozos ; y dan-
do amorosas quejas á la Virgen , tiernamente la decia: Vuestros amo-
res , dulce Maria , me han ocasionado esta desgracia : el levantar-
me á media noche engendró zelos , y sospechas en Dionysia : el
rondaros la puerta le quitó la vida : vuestra es la causa : de Vos
tuvo zelos , no me desampareis , pues yo nunca os he dexado: no
repudieis mi amor , pues siempre os antepuse á toda criatura. Es-
tando en estos coloquios con Maria Santísima , la misma afliccion,
y tristeza le ocasionó un sueño tan pesado , que sin poderlo resis-
tir se quedó dormido en la peana del altar. Fue arrebatado en
espíritu , y llevado por un Angel á un lugar triste , y temeroso:
vió en él al Rey de los Reyes , y Señor de los Señores Jesu-Christo
sentado en un magestuoso Trono , acompañado de muchos An-
geles : tenia el semblante severísimo , el aspecto airado , aunque
lleno de magestad , y gloria.

Apareció allí una tropa de demonios , que con grande alga-
zara trahian en medio el alma de Dionysia : acusáronla al Juez:
hiciéronla pesados cargos , por haberse quitado la vida con sus pro-
prias manos , y muerto en pecado mortal , á que no tuvo descar-
go que dar : atestiguaron los demonios la verdad del caso con su
mismo marido Alberto , que estaba presente , el qual , viendo á su
querida esposa en tan riguroso trance , y casi ya condenada á los
Infiernos , atravesado de dolor , invocó á la Virgen Santísima , que
pues por sus amores habia entrado en zelos , y desesperacion Dio-
nysia , la amparase en aquel peligro. Acudió la Madre de Mise-
ricordia á la petición de su devoto , pareció en el Tribunal mas
bella que el Sol , y eclypsando con su resplandor todos los Astros
del Cielo , huyeron de su presencia los malignos espíritus , y dexa-
ron la presa que tenian ya en sus garras.

Entonces la gran Reyna , con dulces , y amorosas palabras ,
pidió á su Soberano Hijo diese lugar de penitencia á Dionysia ; y
para mas obligarle , le mostró de rodillas los sacrosantos , y vir-
gi-

ginales pechos con que le habia sustentado : levantó el Hijo á la
Madre , y liberal le concedió su petición , diciéndola que ella
era Reyna , y Señora de todo lo criado , y que en todo habia de
ser obedecida. Entonces Maria Santísima , llegándose á Alberto su
devoto , le miró amorosamente , y tocándole el rostro con sus di-
vinas manos , le enjugó las lágrimas , diciendo que así pagaba los
servicios que sus devotos la hacian , y que por serlo él , restituía el
alma de su esposa al cuerpo , y le concedía lugar de penitencia,
y que publicase aquella maravilla en todo aquel Estado : con lo
qual desapareció toda aquella vision ; y despertando de su sueño ,
hallóse en el Oratorio en donde habia entrado : parecióle sueño lo
que habia visto , porque la sangre de la difunta , que tenia en las
manos , y vestido le testificaban la verdad del caso. En esto oyó
llamar á la puerta los criados , que le decian fuese al aposento
donde estaba su muger : fue luego , y halló resucitada á su queri-
da esposa , la qual echándose á sus pies , le pidió perdon , di-
ciendo : Yo soy la pecadora , y tú , esposo mio , el santo : dichosos
tus amores , pues de tan divina prenda se pagaron ! Contóle por
por menor todo lo que Alberto vió en revelacion , y como la Vir-
gen les mandaba publicasen aquella maravilla ; en señal de la
qual le habian quedado en los pechos las cicatrices de las heri-
das como unos listones encarnados. Juntó Alberto á todos los Seño-
res de Sicilia , hizo un espléndido convite , y sobre mesa les contó
aquellas maravillas que la Virgen habia obrado en él , y en su mu-
ger : exhortólos con lágrimas á la devocion de aquella Señora ,
que tan bien pagaba los servicios que le hacian ; y en testimonio
de la verdad del milagro que publicaba , hizo que Dionysia des-
cubriese el pecho ; y vieron con admiracion las señales encarna-
das de las heridas. Dieron todos gracias á Dios , y á la Santísima
Virgen de tan estupendo milagro , y Alberto , y Dionysia dieron
libelo de repudio á las grandezas del mundo , renunciaron sus Es-
tados , y se retiraron al desierto á servir á Dios , donde vivieron
muchos años haciendo una vida mas angélica , que humana ; y al
cabo de ellos , llenas sus almas de merecimientos , pasaron , como
se cree , á los descansos del Paraíso.

EXHORTACION.

Quien oye un caso tan admirable como este, qué imposible ha de ofrecérsele que no facilite, qué dificultad que no supere, y qué estorvo que no venza, para acudir á lo que ya le tiene una vez ofrecido á esta gran Reyna? O mortales, si considerásemos bien aquel amor de Alberto para con esta Señora, y cómo nos animáramos á no poner tanto el corazon en las hermosuras fantásticas de este mundo! A la media noche, y la misma del desposorio se fue á cumplir con su voto: por eso salió despues como Reyna, y Señora contra los demonios, volviendo á vida á Dionysia. Tenia Alberto en su corazon á Maria, como á su Reyna, mas hermosa, y mas poderosa que su muger; y así tambien hizo oficio de Reyna, y Señora, mandando á los demonios no se llevasen á Dionysia, sino recabando de su Hijo la perdonase, y diese lugar de penitencia. Y á la verdad, Católicos, decidme por vuestra vida, qué Reyna hay como esta? qué Magestad, como la de nuestra querida, y amada de todo, todo, todo, nuestro afecto, Maria divinísima, hermosísima, bellísima, perfectísima, omnipotentísima, y archivo de quanto se puede imaginar de bondad, y perfeccion? O Virgen Pura, haz que te amemos bien: imprime, Señora, fuertemente tu amor en nuestras almas, para que su primera atencion sea tu belleza, tu perfeccion, tu bondad, tú misma, Señora, tú misma, que si no es de esta suerte, nada diré de lo que eres, aunque dixese mucho. Qué se entiende, Señora, querer á otra criatura mas que á tí? Qué quiere decir estimar á nadie sino á tí? A nadie, Madre mia, á nadie, porque tú sola eres la Reyna, como lo es la Rosa entre las demas flores, á quien rinden toda su hermosura, y belleza. Y si no, díganme si hay muger, por hermosa que sea, que no rinda su hermosura á la de esta Reyna? Qué es rendir? Pues acaso, no es en su comparacion estiercol, y polvo?

EXERCICIO. Amémosla, pues, de corazon, y digámosle todas las noches con mas devocion que hasta aquí su Rosario, duplicándole esta noche; y ahora sacarémos la oracion que se sigue del elogio con que casi todo esto mismo le decia su devoto Ricardo Laurentino: *Rosa florum est regina: purpurei enim coloris est, & purpura Regibus convenit: alii pulchri flores aliæ bonæ mulieres; ipsa verò Regina Virginum, & decus mulierum, sicut Rosa florum.*

ORA-

ORACION.

Lámase la Rosa, ó Soberana Maria, la Reyna de las flores, como lo significa el purpuro color de que se viste, y á quien las demas rinden, sin competencia sus hermosuras. Rindiéndose, pues, las de todas las mugeres á la tuya, cómo no te he de venerar por Reyna de todas? Gózate, pues, Reyna Soberana, de ese color purpuro, expresion de tu encendido amor con que te adornas, y exercitas sus efectos con los que á tí sola te quieren, te estiman, y de todo corazon te aman. Amen.

DIA CUATRO DE SEPTIEMBRE.

Cosa prodigiosa es por cierto la que se refiere de una Santa Imagen, llamada nuestra Señora de Caestre, que toma el nombre del Lugar donde se venera, que es Caestre en Alemania, entre Caseto, y Aria. Dia como hoy sucedió lo mismo que muchas veces, y en particular de nuevo se recibieron auténticas informaciones desde el año 1494, hasta el de 1496, observándose que los niños que morian sin bautismo, llevados, y puestos ante esta Santa Imagen, resucitaban, y recibian este Sacramento, volviendo inmediatamente á morir. En dicho año de 1496, habiéndole nacido un niño muerto á una muger, y llevándole á esta Santa Imagen, sin que el marido, cuyo nombre era Pedro, lo supiese, por estar ausente, habiendo rogado todo un dia á nuestra Señora no la dexase con el desconuelo de no alcanzar bautismo, y parecerle que no querria oír esta Señora su peticion, le arrojó en una sepultura, donde estuvo tres dias. Vino el marido, y noticioso de todo lo que habia pasado, la culpó de poca fe; y haciéndola ir delante, fueron á la Iglesia: díxole que le manifestára la sepultura donde estaba su hijo. Fue allá, y sacándolo, le llevó al Altar de la Santísima Virgen, y con una fe viva, y esperanza grande, la dixo, teniendo en sus brazos al niño: Señora, no he de moverme de aquí, menos que no hagais conmigo lo que habeis hecho con los otros: mi hijo ha de alcanzar bautismo, y vuestros hijos han de quedar consolados. O prodigio! Apenas acabó Pedro la deprecacion, quando empezó el niño á mover las manos, á abrir los ojos, y dar indicios notorios de vida, con los quales se le administró el bautismo; y volviéndose á su muger, la dixo: He aquí á tu hijo bautizado:

Part. III.

S

si

si hubieras sabido pedir, tambien te hubiera oído la Madre de las Misericordias. Tomó la muger el niño, el qual así que recibió el bautismo espiró, y le dió otra vez sepultura.

Esta Santa Imagen fue colocada por un Caballero en este Templo á ocasion de aquel célebre suceso tan nombrado en Alemania. Salieron tres hermosas doncellas en el Puerto llamado Donquercano, á fin de pasar á Roma á visitar las Iglesias, y Santas Reliquias de los Santos Martyres. Apenas dexaron el mar, quando dieron en manos de unos salteadores, de los quales abundaba aquella tierra, y por robarles las joyas que llevaban, las degollaron á todas tres, y pusieron sus cadáveres en unos arenales remotos del camino. Acertó á pasar un Caballero, asistido de sus criados, que iba á Caseto á buscar remedio para la vista, que pocos días antes habia perdido, el qual oyendo unas aves, que con inusitada dulzura cantaban desviadas del camino, embió un criado por si podría cazar alguna: fue allá, y halló que al rededor de tres cadáveres recién muertos estaban cantando con tal harmonía, que, admirado, no se atrevió á echar mano de alguna, sino que dió noticia á su señor. Acercóse este, y entendiendo que no podian ser sino cuerpos de algunas Santas, tomó con mucha veneracion con un lienzo de la sangre que manaban sus heridas, y ungiéndose con ella los ojos, cobró instantaneamente perfecta vista. Volvióse alegre á su casa, para tratar de darles honorífica sepultura, y en el camino se le apareció la Santísima Virgen, y le dixo: Justo es, que á mis tres siervas Martyres, y Virgenes les des sepultura, pues te han dado vista: edifica un Templo, y dedícamele á mí, en donde pondrás sus cuerpos, y colocarás una Imagen mia en el Altar Mayor; que es la que hoy se conserva, y llaman nuestra Señora de Caestre.

E X E M P L O.

Quel tan enamorado de nuestra Señora el Beató Hermano, de quien ya referimos algo el día siete de Abril, siendo de siete años, ya huía de los juegos de los demas niños, y se retiraba á una Iglesia de la Santísima Virgen, y puesto de rodillas le decia: Madre, y Señora mia; pues yo por ti dexo á los otros niños, déxame el tuyo, que yo te le volveré despues que le haya dado un ósculo, que tengo grandes deseos de ello. La Imagen de la Virgen estaba sobre una pared del Coro; y pareciéndole al sen-

cillo Hermano, que la Virgen no querria dexar el Niño, por zelo de que como estaba alta no se le cayera en el suelo, la dixo: Señora, no tengais miedo que cayga, que yo le recogeré, y no se hará nada de mal. Viendo que la Virgen no le respondia palabra, discurrió otra cosa, y fue que la Virgen le alargase la mano, y le ayudase á subir donde estaba el Niño: para obligarla á esto, pensó irse á la plaza, y comprarle unas cerezuelas, y de ellas, y del pan que le daban á merendar, hacerle un regalo al Niño, y convidar tambien á la Madre. Así lo hizo. Fuese á la plaza, compró las cerezas, púsolas con un poco de pan en un cestillo, y se fue á la Iglesia, y le enseñaba al Niño las cerezas, convidándole á merendar. Aquí fue donde la Divina Reyna le habló, y dixo: Devoto mio, lo que toca darte el Niño, nó puede ser, porque estando tu ahí baxo, seria estar yo sin él: sube tú aquí arriba donde estamos los dos; y alargando esta Señora la mano, le tomó de la suya, con lo qual pudo subir Hermano, y abrazándose con el Niño, le dió muchos ósculos suavísimos, y la Virgen le dixo: Ahora ya es tiempo que nos des de merendar de tus cerezas; y la misma Virgen alargó la mano, y tomó de ellas. Al volver la Virgen á darle la mano para baxar, le dixo: A Dios, hijo mio: lo que te encargo es, que no sea esta la última visita: vuélvenos á ver, que no importa vengas sin cerezas. Volvió al día siguiente, subió otra vez, y díxole la Virgen: No me dirás, Hermano, qué es la causa de venir con los pies descalzos? Y respondió el Niño Jesus con mucha gracia por su querido Hermano: Madre mia, porque su padre, por ser pobre, no le puede comprar zapatos: comprémose los nosotros, pues nos quiere tanto. A esto dixo el pobre Hermano: Si me compraseis zapatos, nó tendria tanto frio en el Invierno, que me hielo. Mira, pues, le dixo la Virgen, siempre que quieras zapatos, y dineros para todo quanto hayas menester, ve á tal campo, donde hay una piedra quadrada, levántala, y allí hallarás dineros para socorrerte. O bondad grande la de nuestra benignísima Reyna, cuidar de sus siervos aun en cosas tan humildes! Fuese el Hermano á la piedra, y halló los dineros: llevóse los á su padre, y preguntándole de dónde los habia sacado, en presencia de otros niños dixo sencillamente lo que le habia dicho; y los niños, callando por entonces, esperaron la noche, y fueron volando á la piedra. Mas como no se hacia por ellos el milagro, no

hallaron nada: solo el Hermano era el que hallaba quando queria el dinero que habia menester.

EXHORTACION.

Ternísimo es por cierto este exemplo, y le da muy grande para derramar muchas lágrimas de consuelo, viendo el que comunicó á este su siervo la gran Reyna. O bendita sea tal bondad, y qué merecida tiene toda nuestra voluntad! O, y cómo nos habíamos de ir á sus pies, y allí regalándonos con aquellas finezas, que á este Santo hizo, allanándose á tomar las cerezas, alargarle la mano, preguntarle por qué venia sin zapatos; socorrerle con dineros para comprárselos; y considerando todas estas cosas, habíamos de deshacernos en dulces afectos para con esta consoladora de los hombres.

EXERCICIO. Hagámoslo así, pues, Católicos, y retirémonos un quarto de hora á ponderar los inexplicables consuelos con que sabe esta Señora llenar el corazon de quien con sencillez la ama, y de toda voluntad la sirve. Madre de todo género de consuelo fue en este exemplo; de espiritual, en aquellos regalos interiores que sentia el buen Hermano, subiendo de la mano de la Virgen á abrazar al Niño Jesus; de temporal, con aquellos socorros de dinero para comprarse zapatos, y que vestir. Todos son motivos para que la alabemos, y veneremos por Madre de toda consolacion, á quien por serlo amó divinamente toda la Santísima Trinidad: esta fue quien con particular instancia cuidó siempre de su Persona; y fecundándola con particular poder, la exáltó con singular elevacion. Así lo decia aquel célebre en santidad, y doctrina el Padre Guillermo Vincenti, Monge Celestino: *Mater est omnis consolationis, quam Beatissima Trinitas divinitus adamavit, instanter gubernavit, & potenter fecundans, sublimiter exáltavit.* Digámosle ahora la oracion que le decia S. Procul Obispo, considerándola Madre de toda alegría.

ORACION.

Virgen dichosa, pues sois la que nos desterrasteis la tristeza que Eva nos introduxo, llenad de alegría nuestras almas, y enjugad las lágrimas de nuestras miserias. Rogad, pues, Señora, por nosotros, para que siendo medianera, se borren nuestras mu-

chas

chas culpas; y borradas estas, nos dispongamos para veros felizmente en la gloria. Amen.

DIA CINCO DE SEPTIEMBRE.

Esteban de Palma, hijo de Juan de Palma, vecino de la Ciudad de Toledo, mozo de veinte y tres años, habiendo estado mucho tiempo en la cama de una gravísima enfermedad, vino á tan evidente peligro de acabar la vida, que los Médicos se resolvieron en que despues de recibido el Viático, le diesen á toda prisa la Uncion. Luego que estuvo oleado entró en las agonías dia como hoy, año mil seiscientos y diez, primer Domingo del mes, en que se habia hecho la fiesta, y procesion solemníssima del Santo Rosario en el Convento de S. Pedro Martyr el Real de aquella Ciudad, con la grandeza, y devocion que todos los primeros Domingos de cada mes se celebra Misa mayor, Vísperas, Completas, y Procesion, con toda la música de Racioneros, Cantores, y Ministriles de la Santa Iglesia; y habiendo comulgado todos los Esclavos del Rosario, que son quarenta y tantos Caballeros, como es estilo, llevando todos sus hachas ardiendo en la procesion delante de la sagrada Imagen, uno de los Caballeros hizo poner un Rosario en las manos de la Imagen, el qual traxo en la Procesion. A las ocho de la noche vino un deudo del moribundo al Padre Sacristan del Convento para que le diese aquel Rosario que nuestra Señora habia trahido en sus manos. Diósele luego, y una señora de la Tercera Orden de Santo Domingo, muy virtuosa, llamada Doña Catalina de Herrera, que asistia al enfermo, se lo echó al cuello en nombre de la Santísima Virgen del Rosario. Caso por cierto maravilloso, y obra de la mano del Altísimo, y de su Madre Soberana! Dentro de media hora cobró el enfermo notable mejoría, la qual se fue continuando maravillosamente con grande aumento, hasta que en pocos dias se levantó sano, y bueno; y en señal de agradecimiento fue con el Rosario al cuello á dar las gracias á Dios nuestro Señor ante la sagrada Imagen de nuestra Señora, por cuya intercesion, y méritos habia alcanzado tan singular beneficio. Conmovióse toda la Ciudad á vista de un milagro tan patente, y obligó á que se hiciese averiguacion auténtica, como se hizo.

Part. III.

S 3

EXEM-